

¿Cuestión de tamaño?

Víctor Pliego

HAY muchas colas en la vida: en los bancos, en el supermercado, en los hospitales, en el cine, en el restaurante, en el aparcamiento, en la parada el autobús...

Hace años, la cola de la exposición de Velázquez estableció una marca. Esta temporada, la cola de moda en Madrid ha sido la de la exposición dedicada, en el Cuarto Depósito del Canal, a los Guerreros de Xian. Personas de toda edad y condición han disfrutado pacientemente de la cola. Este ha sido un rábano con más hojas que carne, puesto que casi todos han estado mucho más tiempo esperando para entrar que viendo luego la exposición (muy curiosa por cierto). En fin, dicen los entendidos que unos buenos juegos preliminares aumentan el placer consiguiente, aunque sea con figuras chinas arcaicas. La oleada de interés por el arte chino que azota la capital es sorprendente y solo se explica por un amor irracional a las colas, manifestación espontánea de la solidaridad callejera y del gregarismo.

En otras circunstancias, hacer esperar, en pie, con frío y durante horas, a niños, viejos, embarazadas, atletas, a gordos o flacos, señoras o estudiantes, sería un ultraje imperdonable; pero, dadas las circunstancias, los involucrados se han sentido satisfechos por poder ver esas viejas y maravillosas figuras chinas. Las colas, como las bolas de nieve, atrapan a su paso a quienes pillan en su camino. La importancia del evento se mide por lo larga que la tiene (la cola), y su longitud atrae a más adeptos, que a su vez la alargan en un círculo irresistible. Perdidos en la masa, puestos en fila, renunciamos al yo para conquistar la paz. Sabiduría oriental me parece esto. ¡Y todos tan contentos!